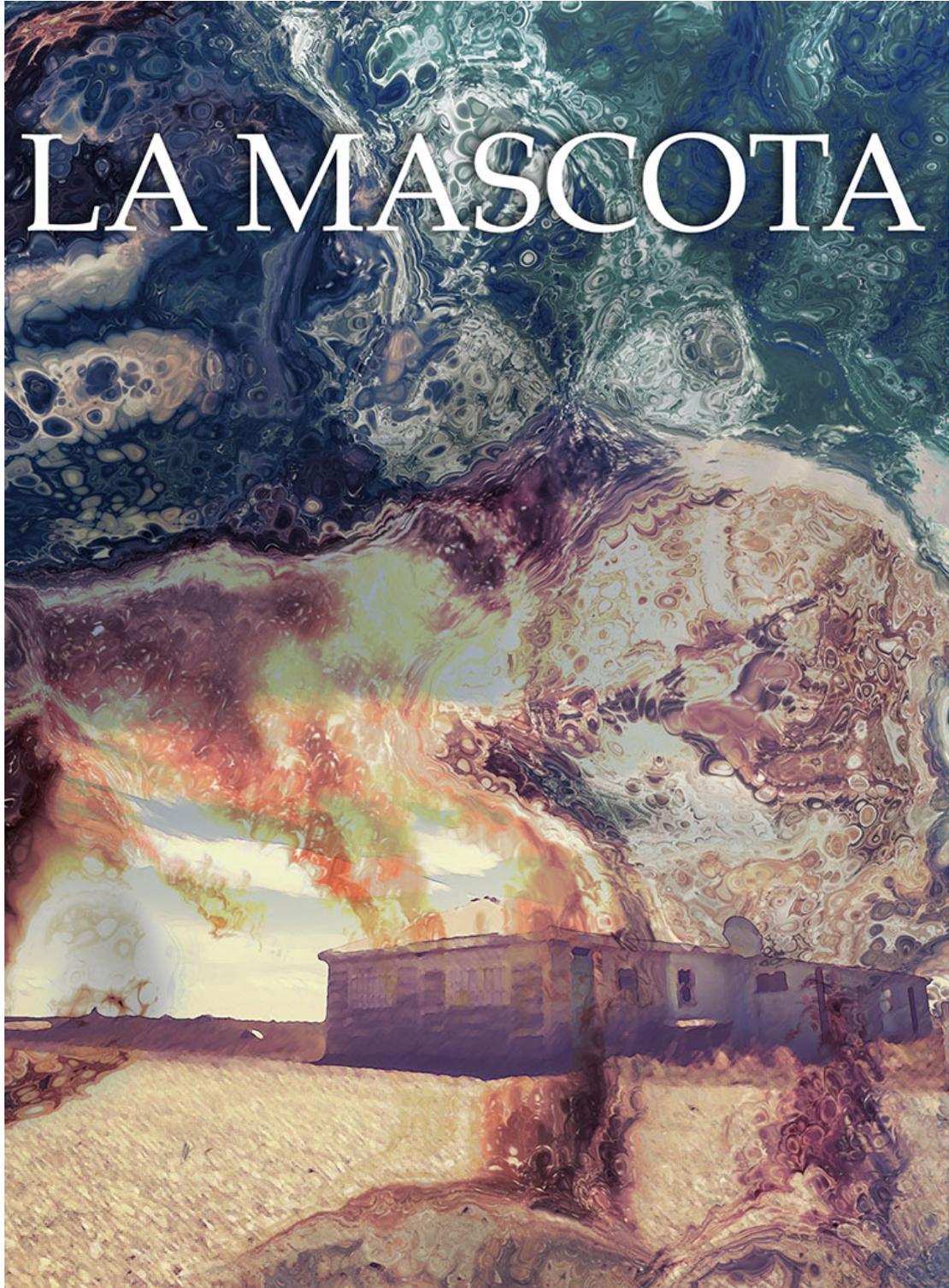


La mascota

Adrien Tartakovsky



# Capítulo 1

-Es hermoso –Gladia miraba con candor a su bebé-, ¿Cómo le vamos a poner? El padre sonreía frente al rapaz de algunas horas de vida.

-A mi me gusta Almo.

Ella no respondió, sólo siguió mirando a su hijo. Su cara comenzó a cambiar de matiz y comprendió recién la dificultad que se avecinaba.

Era su tercer hijo. Ambos ya habían pasado varias veces por el problema de la crianza en ese hogar. Era un martirio, aún cuando sus hijos eran verdaderos ángeles, por decirlo así.

La casa quedaba a kilómetros de los terrenos y hogares contiguos.

Eran imponentes latifundios, llenos de belleza, naturaleza, soledad y autenticidad.

Grandiosos árboles protegían aquellos hogares de la civilización acelerada, automatizada, deshumanizada y vana que había crecido incesantemente, pero que se había enemistado con ese lugar.

Ahora bien, el problema no era la casa, no era la distancia, sino que era la mascota. Desde que habían llegado ahí, hace unos nueve años aproximadamente, que habían sido acompañados y cuidados, en cierto modo, por el animal. Habían aprendido a tratarlo, a convivir y a alimentarlo.

Ciro y Gladia habían llegado ahí con 18 años cada uno. Tener a sus dos primeros hijos había sido un reto, aunque, con dificultad, los habían educado en la manera como tratar a la mascota.

Ciro era el único que había visto a la mascota. Una sola vez en su vida, el primer día en su hogar, y casi había muerto. Nunca se pudo sacar de la mente la imagen del animal, terrible, increíblemente distinto al resto, como venido del bosque en busca de alimento, pero también, en busca de amos. Por milagro salió vivo y comprendió que, si no le miraban, todo saldría bien.

-Le tendremos que enseñar a respetar a la mascota, a que no la vea, a que la quiera, sabiendo que no puede tener más contacto que a la hora de alimentarle –la mujer jugaba mientras con las manos del bebé-. Aldo y Abe entendieron con rapidez, pero fue una suerte que nacieran uno tras del otro.

-Tienes razón.

-No hay que culparse. Siempre supimos que tenían que estar cerca de la muerte para que comprendieran.

-Casi los perdimos –respondió el hombre con preocupación.

La madre abrazó con fuerza a Almo. El niño soltó un quejido.

iro ponía la mesa con sus hijos. Gladia tenía al bebé en sus brazos.

Aquella mesa estaba al lado de la cocina. Tenían otra mesa más grande en el comedor, pero era para los invitados. Eso si, nunca habían tenido invitados.

-Ciro. Se me olvidó cómo le enseñamos a los niños a que entendieran que era a la hora de las comidas –dijo la mujer tratando de disimular-.

-Mamá ¿Hablas de la mascota? –interrumpió el niños más pequeño, de unos cuatro años más o menos.

-Si hijo –respondió el padre rápidamente-. No sé, no recuerdo bien –agregó volviendo la mirada a Gladia.

-A pasado mucho tiempo.

-Es verdad.

-Sólo recuerdo que los poníamos sobre la mesa, mirando el techo.

Creo que el resto lo comprendieron ellos mismos.

El padre asintió nada más.

Se acercó a Gladia y tomó al bebé. Con suavidad lo puso sobre la mesa, mirando al techo como habían dicho.

-Yo serviré el almuerzo por mientras –dijo la madre.

Los niños se sentaron alrededor de la mesa y el padre se mantenía sujetando al pueril. A medida que la madre comenzaba a servir los platos, empezaban a escuchar una especie de sonido que raspaba el suelo de la casa. Se notaba, aun cuando el ruido provenía desde afuera de la habitación, que el objeto que lo producía era de gran peso.

Automáticamente los niños levantaban el mentón como tratando de evitar de sobremanera de dirigir la mirada al animal que lentamente se

acercaba.

-No lo alimentes aún –dijo la madre.

-Entiendo –respondió Ciro.

Los roces en la madera eran más próximos. Las pequeñas rendijas en el suelo se abrían y se volvían a cerrar luego que el peso pasaba sobre ellas. En un instante el animal había llegado al espacio debajo de la mesa donde la familia estaba sentada.

-Todavía no –Gladia esperaba que el bruto reaccionara-, niños no se asusten.

-Pero mamá, si quiere comer –arguyó Aldo, el mayor, aún mirando a lo alto de la casa.

Repentinamente un golpe proveniente desde abajo levantó la mesa.

Ambos niños se sobresaltaron y dejaron salir un quejido. El bebé, que todavía estaba en la manos de Ciro, inició un ligero llanto que no duró mucho antes de que otro golpe detonara un lamento incesante y lastimero.

-Mamá... –el miedo se demostraba en la voz lastimosa de Abe- Dale de comer por favor. Espera hijo –ambos padres mantenían absoluta calma-, que tu hermanito tiene que aprender a respetar a la mascota.

Otro golpe y un rugido se comenzaba a hacer presente, rasposo, silencioso, aterrador, que erizaba los pelos y convertía la piel en la de gallina; en la de una real presa.

-Mamá.

-¡Ah! ¡Mamá! –Aldo había comenzado a gritar y sus pequeñas manos tomaban con fuerza el lado de la mesa- Me tocó la pierna. ¡Me la va a comer! El más pequeño continuaba llorando y sus hermanos estaban seducidos por el terror del que, hasta ese entonces, nunca habían sido protagonistas. No conocían esa manera de actuar de la mascota; o no la recordaban.

Lentamente su madre sacó un trozo de carne de una de las hoyas y la puso delante del rostro del bebé. Ella miraba al infinito y esperaba que el pequeño reaccionara de alguna forma a lo que veía. Almo vio el pedazo de comida y su llanto cesó por un instante. Otro golpe; el más fuerte y el llanto se desató nuevamente.

Gladia comenzó a doblar lentamente sus piernas y la mano que tenía el pedazo de carne bajó hasta debajo de la mesa. Sus ojos se pusieron blancos al mismo tiempo que sus párpados se cerraban y un frígido bramido le recorría la espina.

Los movimientos cesaron y, por reflejo, los niños dejaron los gemidos de pavor. Inmediatamente Almo entendió que la calma se había apoderado nuevamente del lugar. Lentamente se calló.

Ciro miro a Gladia con una sonrisa y ella le correspondió.

-Parece que algo entendió.

-Creo que sí –la madre miró a sus hijos al tiempo que hablaba.

-Tendremos que seguir haciendo esto de todos modos.

-Si.

Alimentaron algo más a la mascota y siguieron almorzando como era costumbre.

## Capítulo 2

Pasaron los días y se hizo rutina de cada comida el llanto del bebé y las caras de terror en los hijos. Lo único que variaba era quien alimentaba al animal.

Casi siempre lo hacía Ciro.

Los niños no comprendían la necesidad del rito ya que ni siquiera recordaban cómo es que ellos habían aprendido a respetar a la fiera.

Los pequeños habían comenzado a comer menos y hacían lo posible por extender los espacios entre comida y comida. Hasta se ponían de acuerdo para crear alguna excusa y así no tener que estar en la comida o simplemente obviarla.

Ciro y Gladia estaban tan preocupados en la enseñanza del nuevo integrante de la familia que no se percataron de las anomalías de los otros dos pequeños. Simplemente pensaban que, aquellas circunstancias, eran otra ocasión especial.

Una noche los pequeños compartieron lo que, hasta el momento, había sido un tema tabú. La oscuridad reinaba; se encontraban en su habitación, cada uno en su cama. Sin siquiera mirarse Aldo comenzó:

-¿Tienes miedo?

-Sí

-Yo también La charla se detuvo por un instante.

-Nos va a comer –agregó Abe- y no quiero que me coma.

-La guagua si quiere que nos coma.

-Y al papá y a la mamá.

El más pequeño se cubrió la cara con el cubrecama y de sus ojos brotaron unas pequeñas lágrimas. Su hermano mayor sentía ganas de hacer lo mismo, pero al ser el más grande, creía que no podía mostrar debilidad.

-No te preocupes, yo te voy a cuidar. Y a los papás.

-¿Y cómo? –la sábana apenas dejaba salir su voz.

-Voy a hacer algo.

Aldo se volteó completamente y comenzó a llorar. Tapaba su boca para callar su sollozo y, de vez en cuando, respiraba hondamente para camuflar su desesperación.

Luchó contra su amargura y desesperanza por unos minutos hasta que se quedó dormido.

## Capítulo 3

La hoya escupía el vapor hirviendo con olor a gallina. Abe y Aldo se encontraban afuera de su casa al lado de la llave de la electricidad. Las cuatro manos hacían fuerza para el mismo lado.

Habían estado desde la mañana tratando de averiguar para que lado cerrar. Luego de haber experimentado en el baño, en la cocina, con botellas y frascos de comida habían llegado a la respuesta.

Se esforzaban descomunalmente. El temor llenaba sus manos de la fuerza necesaria para obstruir el paso de electricidad.

Finalmente el disco había comenzado a girar. A pesar de lo exhaustos que se sentían, no dejaban de pensar en el almuerzo que estaba a punto de cocinarse. Las primeras llagas se hacían visibles en las manos de Abe.

-¡Ah!

-Toma esto.

Un paño de color piel cubrió la herida del pequeño que, al ver la tozudez de su par, continuó.

-Vamos que queda poco. speradamente la llave cedió y dio vueltas rápidamente. Ambos cayeron con el movimiento del disco y la cocina dejó de calentar la gran hoya con comida. Los dos en el suelo miraron la llave y luego se miraron el uno al otro.

-Listo –sus labios dibujaron un arco.

-Si.

-Vamos arriba a jugar o algo.

-Vamos! Mientras los pueriles subían al diminuto segundo piso de la casa para crear una coartada, su madre, como de costumbre, tejía en la terraza de la entrada de la casa mientras Ciro trabajaba en el huerto.

Pasados unos minutos Gladia quiso revisar el almuerzo. Se paró, dejó su tejido y caminó hasta la cocina. Ahí vio que ningún resplandor calentaba la hoya.

Aceleró un poco el paso y examinó la cocina.

Movió la perillas y trató de volver a prender el aparato.

Viéndose sin solución quiso prender el calentador de agua:

-Creo que algo puedo preparar mientras. Luego veré con Ciro que pasa con la cocina.

Al accionar el botón del calentador notó que el artefacto tampoco reaccionaba.

Caviló por unos segundos hasta que se decidió a salir de la casa.

Rodeándola llegó hasta la llave que estaba cerrada.

Miró por unos instantes, entendiendo que sus hijos eran los único que habían podido hacer eso. Además no había nadie más en la casa, a excepción de la mascota, pero que no habría podido cerrar la llave. A esto habría que agregar que ésta aparecía sólo cuando el aroma a comida era realmente intenso o cuando, por diversas razones, no se le alimentaba en varios días.

-¡Niños! El grito se escuchó hasta la habitación de ellos donde ambos simulaban un juego de animales. Los dos se quedaron perplejos y miraron hacia la ventana de donde provenía el alarido.

El más pequeño miró a su hermano buscando una respuesta o una orden. El mayor lo miró, pero no hubo dictamen alguno. Acto seguido agachó la cabeza y continuó con la simulación.

Abe comprendió e imitó a Aldo.

Se comenzaban a escuchar las pisadas de su madre subiendo por las escaleras.

-¿Qué hicieron? Cuando llegaba al final de la escalera, Almo comenzó a llorar.

Glada paró en seco y suspiró. Se dio media vuelta y comenzó a bajar las escaleras. os dos pequeños aún seguían actuando como previendos que su madre volviera inesperadamente.

Luego de unos minutos Aldo miro a Abe.

-Parece que ya no nos va a retar.

-Ojalá –hubo una espera-, pero lo raro es que la guagua nos salvó ahora.

-Mmm. No sé.

Los dos pensaban en lo mismo. Sentían que el bebé comenzaba a jugar con ellos, que les demostraba que él podía manejar las cosas a su manera y que tenía a Ciro y a Gladia bajo su control.

-Tenemos que hacer algo –Aldo mostraba temor-, sino los papás también nos van a empezar a tratar cada vez peor. Tal vez nos dejen de querer por culpa de la guagua.

-¿Qué?

-No sé, pero creo que tiene que ser rápido.

En ese preciso momento llegaba Ciro. Gladia todavía estaba viendo al bebé, pero no esperó para comentarle a su marido lo que había sucedido.

-Ciro, los niños se están portando muy mal –la mujer tenía al pueril en sus brazos y se meneaba alterada- me acaban de cortar la energía y durante toda la semana han estado raros.

-¿Qué? Dame un segundo.

-Pero es que creo que debes...

-Espera un poco –Ciro interrumpió-, se presentó algo muy importante.

Me tengo que ir a la ciudad. Las plantas están enfermas y no quieren comer, es extraño. Sólo beben un poco de agua, pero nada más. Tendré que ir a buscar una solución antes de que mueran y nos quedemos sin alimento.

-Pp pero...

-Lo siento. Temo que tendrás que quedarte sola con los niños por un tiempo.

La mujer recién comenzaba a sopesar las cosas y entendía que no había que decir más.

-Mañana salgo en la mañana. Tendrás que alimentar sola a la mascota.

## Capítulo 4

El sol iluminaba más que el resto de los días.

Se sentía una fuerte brisa mientras los niños simulaban un juego que realizaban al lado de un árbol a unos veinte metros de la casa. Gladia les podía ver por la ventana de la cocina mientras lavaba una enorme papa que planeaba cocinar.

El vegetal era mayor en tamaño a una cabeza de vaca, de modo que la mujer tenía que poner todo su empeño en fregar los negros recovecos que le envolvían. Mientras, el lactante se mantenía en su cuna, mirando unos colores del techo que le parecían atractivos.

Todo estaba muy tranquilo.

-Hizo que el papá se fuera de la casa –Abe miraba al suelo al mismo tiempo que hacía el ademán de cavar la tierra.

-Lo sé.

Parecía que ambos esperaban una solución de parte del otro.

-¿Aldo, tú crees que nos va a comer? Aldo respondió con una mirada llena de aflicción y un alzamiento de hombros.

Continuaron con el juego y de la nada el mayor comenzó a hablar.

-En un rato más vamos a almorzar y la guagua va a hacer que la mascota nos coma. Creo que tenemos que hacer algo.

-Que cosa.

-Vamos a salvar a la mamá y a nosotros.

Los ojos de Abe se abrieron en una milésima de segundo.

-¿Cómo? –la voz del hermano pequeño era aguda y silenciosa.

-Mira, tengo un plan, pero vamos a tener que ser muy valientes –Aldo se levantaba y limpiaba sus pantalones a la altura de las rodillas-, y vamos a tener que pensar que la mamá se puede morir si no lo hacemos bien. Dame la mano.

Abe se aferró de la extremidad de su hermano y se levantó. Le imitó

limpiando sus pantalones.

-Ven que no queda mucho rato -Aldo le mostraba el lugar por donde iban a caminar-. Mira, yo soy más rápido que tú así que...

## Capítulo 5

Habían dado casi las dos de la tarde. Abe paseaba por adentro de la casa y de vez en cuando observaba cómo su madre cocinaba. Ella le miraba de reojo, pero no hacía caso de lo que el pequeño tramaba.

Gladia comenzó a verter un poco del almuerzo en uno de los platos, y al instante Abe se volteó hacia la puerta principal de la casa y caminó rápidamente hacia el exterior. Estando afuera tomó una piedra de color amarillo y la lanzó con toda su fuerza en dirección al cielo.

Comenzaba a transpirar agitadamente, pero no se percató y se paró al lado de la puerta de entrada.

De pronto se comenzaron a escuchar fuertes gritos provenientes del lado Este de la casa. Al instante Gladia se sobresaltó sabiendo que uno de sus hijos estaba sufriendo. Soltó el plato que tenía en la mano, el que estaba a punto de servir, cayendo éste al suelo. Corrió hacia la puerta de entrada donde estaba Abe.

Gladia, al pasar por la puerta, se detuvo abruptamente frente al niño, lo tomó por los hombros y zamarreó preguntándole: ¿Dónde está tu hermano?

-No sé mamá.

Lo dejó a un lado y continuó su carrera en busca del pequeño. Se alejaba de la casa tratando de seguir los lastimosos alaridos que cada vez se oían más fuerte.

-¡Aldo! ¡Dónde estás! Las respuestas sólo contenían más desesperación lo que alteraba más a la mujer.

-¡Aldo, Aldo! ¡Hijo! Como cortados por navaja, los gritos cesaron y lo único que se podía oír era la brisa y la padecimiento de Gladia.

-¡Háblame! –imploraba la madre sollozando- ¡Por favor! Aldo mientras se arrastraba entre los arbustos a gran velocidad y rodeaba el lugar donde se encontraba su madre de manera de poder llegar a la casa sin que ella lo notara.

Estaba a escasos metros y vio que su hermano esperaba en la puerta listo para actuar. Aldo se levantó y corrió hasta adentro de la casa. Las cortas manos de Abe empujaron la puerta que se cerró con un ensordecedor golpe.

Afuera, Gladia seguía llamando y buscando al infante entre la espesura, pero el tronido de la puerta atrajo su atención. No sabía que estaba pasando, y los alaridos de su hijo aún resonaban en su cerebro. Sólo trataba de buscar.

-Listo -dijo Abe-, está todo cerrado.

-Ya. Vamos a lo otro ahora.

-Sí.

Raudamente Aldo se movió hasta la cocina. Ahí divisó la gran hoyo que tenía la comida recién preparada. Emanaba una gran masa de vapor al igual que otros dos platos que estaban a los lados.

El chiquillo se acercó y con ambas manos golpeó el contenedor y lo botó al suelo. El campanazo llegó hasta donde estaba la madre, desesperada, llamando a Aldo. El golpe la sobresaltó y por un instante imaginó que algo malo podía estar sucediéndole a sus otros dos hijos.

Se volteó y trotó hasta la puerta de entrada. Sollozaba y pensaba en su hijo, en un posible desmayo, en un terrible accidente o en su muerte.

-¡Abe! Tomó el picaporte y notó que la puerta no se movía. Trató de forcejearla y nuevamente empezó a caer en desesperación.

-¡Abe! ¡Ábreme! Adentro los niños miraban la puerta. Sentían el dolor de su madre, aunque entendían que, toda aquella agonía era para el bien de la familia. e, que escuchaba su nombre a través de la puerta, miró a su hermano en busca de consuelo. Aldo alcanzó a darse cuenta, sin la necesidad de mirar, que el pequeño observaba esperando.

-Abe, no le va a pasar nada a la mamá. Ahora tenemos que hacer que la mascota venga. Pon los platos en la mesa y trae el plato de la mascota.

Abe asintió y se movió rápidamente.

Al mismo tiempo Aldo se dirigió a la cuna de Almo. Éste mostraba una extraña mueca. Si un lactante pudiese mostrar desconcierto, su expresión sería como la del bebé.

Aldo tomó con dificultad a su hermano menor y lo sacó de la cuna. A medida que caminaba, el diminuto cuerpo se deslizaba por entre los brazos del niño hasta casi tocar el suelo. Con un gran esfuerzo Aldo subió al bebé a la mesa donde comían.

Abe ya había traído el posillo de la fiera y en ese instante disponía los

platos sobre la mesa, como era costumbre todos los días.

Afuera, Gladia desistía de seguir forcejeando la puerta, por lo que inició una carrera hasta el otro extremo de la casa para probar suerte con la entrada trasera.

Al mismo tiempo que corría, observaba hacia el lugar donde había escuchado a Aldo por última vez, llevando la esperanza de verle o tal vez volver a escuchar algún sonido.

Llegó hasta la puerta trasera y sulfuradamente trató de abrir la puerta.

No tuvo éxito de modo que probó empujándola y forzando la manija de tal modo que un gruñido se escuchó de su boca.

No lo logró y descansó un instante, aún sumida en la pena y frustración. Se disponía a volver a tratar cuando sintió un opaco bufido que se aproximaba hacia ella. La mujer sabía de qué se trataba, pero a pesar de sentir la vibraciones muy cerca, escuchaba al animal muy lejos.

Recordó que adentro estaban Abe y Almo. La curiosidad le venció y sin cuidado miró a donde provenía el sonido. Lo último que alcanzó a ver fue la tierra hinchada al lado de los cimientos de la casa.

La mascota había entrado a la casa.

-¡Niños! ¡Niños! ¡Salgan de ahí! ¡La mascota está entrando! Fugazmente se movió hasta una de las ventanas que habían cerca.

Estaban sucias por el polvo, pero de igual forma se podía ver hacia dentro.

Gladia miró y se encontró con lo menos esperado por ella. Aldo tenía en los brazos a Almo y lo bajaba lentamente. Los dos mayores, miraban el cielo de la casa.

Los ojos de la madre se abrieron y los globos oculares casi se salieron de sus órbitas.

-¡Aldo! ¡La mascota! ¡No! rató de abrir la ventana, pero intuyó que toda la casa estaba cerrada por dentro. Sin vacilar tomó un pedazo de madera que tenía al lado y rompió el vidrio que tenía en frente.

Saltó hacia adentro de la casa, pero no pudo entrar de un solo salto y varios pequeños pedazos de vidrio se le enterraron en las piernas.

Trató de hacer caso omiso a las lesiones que emanaban una gran cantidad

de sangre. El dolor era intenso y trataba de hacer lo posible por moverse.

Con cada movimiento, los cristales se hundían más y más en su carne.

-Aldo, la mamá entró –Abe seguía mirando hacia arriba.

-No importa, la mascota se está acercando.

Gladia terminó de entrar sus ensangrentadas piernas en la casa y cerró los ojos.

-¡Aldo, deja a tu hermanito! Él no te ha hecho nada.

-No mamá, él quiere que la mascota nos coma. A mí y a Abe.

-Hijo, Almo es muy chiquitito y no sabe lo que es la maldad. Créeme.

La pesada masa se movió por delante de la madre y se dirigió hacia el lugar de la comida. Las tablas se quejaban, pero de pronto el ruido se detuvo.

-Aldo, deja que la mascota coma y se vaya –Gladia trataba de calmar el tono de su voz-, pero no le hagas nada a tu hermanito. Él te quiere.

-Parece que la mamá dice la verdad –agregó Abe con el llanto que le carcomía la garganta-. Deja a la guagua en la mesa que no quiero que le pase algo malo a la mamá.

Hubo un instante en que nadie habló. Sólo se escuchaba al animal engullendo la enorme cantidad de comida que había en el piso.

Nadie decía ni una sola palabra. Aun así, se notaba que Aldo reconsideraba las cosas.

Había pasado un minuto, que para Gladia había durado toda su vida.

Callada esperaba la respuesta y rogaba porque el más pequeño no dirigiera su mirada a la bestia.

De pronto se comenzó a escuchar algo más aparte del ruido del animal. Aldo comenzaba a subir con dificultad a Almo, pero nadie notaba que la mascota se había estado acercando al pie de Aldo debido a un camino de comida llegaba hasta sus pies.

El chico ya estaba comenzando a poner al bebé en la mesa cuando sintió una mordida en su zapato y de espanto sus brazos se contracturaron.

El lactante cayó a los pies de Aldo y luego se fue de lado al suelo. El lloriqueo fue instantáneo y la madre reaccionó en el acto.

-Almo, acá, mi amor.

Se movía despacio hacia el niño, con los ojos cerrados, y trataba de llamar su atención. A pesar del esfuerzo de la madre, el pequeño no le prestaba atención y seguía llorando. Los alaridos comenzaron a aumentar al nivel que se notaba el sufrimiento del bebé.

-iAlmo, mírame, acá! -Gladia no abría los ojo-, mi niñito.

La mujer volvía a comenzar a llorar, pero continuaba tratando de hacer algo.

-iAlmo! -no aguantó más la presión.

Ya no se escuchaba ni la respiración del bebé. En vez de eso, un sonido gutural, engullendo, puramente digestivo era lo que se oía en el ambiente.

Un grito de impotencia llenó la casa y, enajenada, Gladia abrió los ojos.

Sólo alcanzó a ver una masa enorme, sin forma definida, de colores verde y grises, y a un extremo, a la altura del vientre de la criatura, estaba esculpida una cara de bebé que se albergaba debajo de esa piel.

Al segundo siguiente, todo fue oscuridad.